

LAS CIENCIAS SOCIALES EN EL SUR DE MÉXICO*

Andrés Fábregas Puig**

La primera dificultad para hablar de las ciencias sociales en el sur de México es qué entendemos por este concepto. Es decir, la primera pregunta que debemos responder es si el sur de México es una unidad geográfica o una unidad cultural, o de qué tipo de unidad estamos hablando. La segunda dificultad es la enorme cantidad de páginas escritas por los científicos sociales sobre los estados de la federación que se consideran situados en el sur del país. Aún podría haber una tercera dificultad y es qué vamos a entender por ciencias sociales y qué disciplinas la componen. Para obviar una discusión que está fuera de lugar en una ocasión adopto como criterio para hablar del sur el que propone el Archivo General de la Nación. Es decir, dentro del amplio sur mexicano se incluyen los estados de Guerrero, Oaxaca, Chiapas, Veracruz, Tabasco, Campeche, Quintana Roo y

Yucatán. De este grupo de entidades federativas, y tomando a la ciudad de México como el centro geográfico de referencia, Guerrero y Oaxaca están situados en el suroeste; Veracruz está localizado hacia el oriente, mientras que el resto se localiza en el sureste. Más allá de las diferencias entre estos estados, lo que los une es su población indígena y el haber formado parte, en el pasado prehispánico, de esa área cultural de cultivadores complejos que el etnólogo Paul Kirchhoff llamó Mesoamérica. Ciertamente, los pueblos indios del amplio sur mexicano guardan acusadas diferencias entre sí, en medio de uniformidades culturales básicas. De tal modo, el espectro lingüístico es un universo que se antoja interminable. Sólo en Oaxaca hay lingüistas que hablan de cien variantes idiomáticas. Además, tenemos la diferencia entre los troncos yuto-aztecas hablados en Guerrero y

los que pertenecen al tronco maya. En medio está la frontera lingüística de los mixteco-zapotecos. Desde el punto de vista arqueológico, el sur de México es un inmenso territorio que se antoja inacabable y de cuyo conocimiento estamos aún en pañales. Los resultados de los estudios históricos nos permiten llegar a algunas conclusiones acerca de la organización colonial de los territorios que abarcan los estados mencionados, pero todavía es bastante lo que espera ser descubierto, comenzando con la dispareja situación de los archivos.

El amplio sur mexicano es el recipiente de varios entornos regionales que esperan ser delimitados. Por supuesto, existe también la dificultad de cómo aplicar el concepto de región en un espacio tan variado desde el punto de vista que se le quiera ver. Necesitamos un concepto operativo que nos permita examinar de cerca una realidad macro, compleja y cambiante. Además, y en general en un país como México, debemos trabajar con el concepto de frontera, no sólo por los límites internacionales con Centroamérica y el Caribe, sino por las fronteras internas, tanto

territoriales como sociales y culturales. No existe una concepción unívoca de región sino que su conceptualización está sujeta al planteamiento teórico general del investigador, al problema específico que trata de resolver y, por lo consiguiente, a la actitud metodológica adoptada. En mi opinión, la región es el resultado de un proceso que vincula en el tiempo y en el espacio a la sociedad, la cultura, el medio ambiente y la historia. Esta vinculación construye una estructura propia y otorga especificidad a la sociedad y la cultura en un ámbito concreto. La región constituye el recipiente de una historia cuya cotidianidad aparece en la conciencia regional manifestándose en símbolos de identidad que recuperan y unifican la vivencia compartida. La dimensión histórica de la región —como toda obra humana— se traduce en transformaciones apoyadas en procesos de continuidad y discontinuidad del tejido histórico y social. La frontera es un tipo concreto de región que en su interior acepta la plurirregionalidad. Debemos trabajar las dos acepciones de frontera para comprender el movimiento histórico del

amplio sur mexicano. Es decir, la frontera vista como la tierra vacía, tal como la entendieron los europeos al establecer el régimen colonial y la frontera como límite, tal como aparece al emerger los Estados nacionales de nuestra América y sus límites internos. Desde esta perspectiva, este amplio sur del que estamos hablando es un territorio plurirregional. Pero ¿cómo acercarnos a estos conceptos en un espacio geográfico tan amplio —el sur de México— y con historias particulares que modelaron la variedad cultural? Mi propuesta es que lo hagamos a través de la ecología cultural, lo que nos permitiría unir el dato arqueológico con el histórico, el geográfico y el etnográfico. En efecto, si algún espacio geográfico del país es variado, es el del sur mexicano, en donde conviven las selvas con la semiaridez, las montañas con los valles, las zonas lacustres y ribeñas con las mesetas calcáreas y las costas. Estamos ante una variedad medioambiental amplísima que se corresponde con otra, ecológico-cultural, no menos compleja. La forma en que los grupos humanos que han habitado y habitan el sur se han re-

lacionado con el medio ambiente natural, transformándolo en cultural, es un proceso histórico que forjó regiones en el nivel macro y en el micro. No conocemos bien estos procesos porque la influencia de una antropología estructural, en sus variadas versiones, ha dominado el análisis. En efecto, los pueblos indígenas han sido analizados bajo el concepto de comunidad desde los lejanos días de Robert Redfield y Alfonso Villarojas hasta los de los etnólogos actuales. El importante proyecto que reúne a los investigadores del INAH bajo el nombre de Etnografía contemporánea de los pueblos indígenas de México, trabaja con el concepto de comunidad. Así, los primeros volúmenes colectivos de este proyecto llevan por título *La comunidad sin límites* (México, CONACULTA-INAH, 2003, 3 vols.). El concepto de estructura que hace tiempo se introdujo en la antropología del sur sigue vigente. Pienso que debemos dotar de medios históricos a este concepto de estructura para estar en capacidad de analizar las transformaciones del orbe indígena y superar la visión de que se trata de un mundo estático. Esta mi-

rada hacia el sur de México existe y está bastante difundida en el país. Es decir, las transformaciones sociales son lentas en el sur mexicano, se dice, porque es el territorio de las comunidades indígenas y éstas tienen tiempos históricos peculiares. Precisamente el examen de los archivos nos permite reconstruir una historia que para nada fue lenta o estática. El periodo colonial abunda en rebeliones, por no mencionar la llamada Guerra de Castas, que aún provoca preguntas y plantea temas de investigación, o la rebelión tzeltal en el Chiapas de 1712 que repiten los chamulas en el siglo xx. La imagen de las comunidades inamovibles se cae por su propio peso. Es una imagen construida en Europa desde, por lo menos, el siglo xix y de la que participan los grandes pensadores de la época, incluyendo al propio Carlos Marx, tan insistente en el análisis histórico.

Sí bien es cierto que el mundo indígena es omnipresente en el sur mexicano, es preciso crear un conocimiento más detallado de las alteraciones que sufrió durante el periodo colonial. Las ecologías culturales locales fueron se-

veramente alteradas por la introducción que los europeos hicieron de nuevas estrategias adaptativas. El ganado y las plantaciones fueron elementos nuevos en el manejo del medio ambiente e introdujeron relaciones sociales que le dieron al amplio sur mexicano otra figuración. De allí nacieron las fincas, las haciendas y los ranchos con nuevos personajes sociales, nuevas redes de relaciones y nuevas formas culturales. Es necesario precisar qué quiere decir, regionalmente hablando, cada una de estas nuevas implantaciones. No es lo mismo el rancho de Los Altos de Jalisco que el que se estableció en Guerrero o en Chiapas, por ejemplo. Aun las fincas y las haciendas deben ser precisadas en su estructuración social y cultural. El ganado alteró los ciclos de trabajo y el monocultivo de la grana o del café introdujo la dependencia del mercado mundial y la fragilidad de las economías monoproducidas, que están presentes a lo largo de la historia del sur mexicano todavía en nuestros días. Las ecologías culturales locales se alteraron significativamente y pasaron al contexto de adaptaciones impuestas

que están en los orígenes de la depredación y la destrucción de los medios ambientes actuales. Debo insistir en que conocemos insuficientemente esa parte de la historia sureña porque el mundo indígena, en sus propios términos, es el que ha llamado más la atención de los investigadores. Pero ese conocimiento debe completarse con las relaciones del mundo indígena hacia otros componentes de la sociedad. Y también, con la forja de culturas mestizas y procesos que hoy desembocan en la urbanización y la industrialización. Debemos trazar los detalles de las transformaciones del mundo indígena sin perder de vista los contextos concretos, como resultados de las nuevas interrelaciones socioeconómicas que no desplazaron a las tecnologías locales, pero que las subordinaron a los intereses dominantes. Esta consideración no está muy lejos de la actualidad si pensamos, por ejemplo, en las nuevas redes relacionales introducidas por la actividad turística. En el pasado, la plantación o la hacienda introdujeron un reordenamiento ecológico cultural que se tradujo en comportamientos demo-

gráficos particulares, en la creación de nuevos centros urbanos o en la destrucción de otros. Esas nuevas ecologías culturales introducidas en el amplio sur mexicano, deben abordarse en un contexto comparativo y en el contrapunto de la formación de una economía mundial. El sur, desde los días coloniales, pasó a formar parte de un circuito mercantil de orden mundial. Hoy esta característica adquiere otras dimensiones a la luz del tratado de libre comercio con los Estados Unidos de Norteamérica y Canadá y la formulación del llamado Plan Puebla-Panamá. Las ciencias sociales deben responder si existe correlación entre estos procesos económicos y los que se localizan en la sociedad y la cultura.

Es comprensible el atractivo que los pueblos indios han ejercido en los científicos sociales que se han dedicado al análisis del sur mexicano. Las propias universidades norteamericanas sentaron sus reales por estos territorios, estableciendo proyectos de largo plazo. Quizá los que más se conocen son los desarrollados por las universidades de Harvard y Chicago, en las décadas de

los 50 y 60, en Chiapas. En el resto de los estados sureños ha sido intensa la presencia académica de las universidades norteamericanas o de otras instituciones de diferentes países, incluyendo Japón. No siempre han sido fáciles estas presencias. No han estado exentas de intervenciones políticas. Véase, sobre esto último, el libro de Paul Sullivan, *Conversaciones inconclusas* (Barcelona, GEDISA, 1985). No existe, por otra parte, inconveniente en que colegas de otras latitudes se interesen en nuestro país. Son bienvenidos. Lo reprobable es que los científicos mexicanos no seamos sensibles a esa situación. Entre otros factores, por ello cobran importancia, vistos a la distancia, los análisis de la frontera sur iniciados en los años 80 y que culminaron con la fundación de varias instituciones de investigación superior arraigadas en el sur.

Debo insistir en la necesidad de los estudios comparativos de procesos que son relativamente nuevos en el sur mexicano. Por ejemplo, los flujos migratorios de poblaciones locales hacia los Estados Unidos son cada vez más intensos. En estados como Chiapas, la migra-

ción hacia Norteamérica es un hecho reciente, no mayor de una década. Las alteraciones sociales y culturales que estas migraciones introducen en los ámbitos locales, son uno de los temas más urgentes de abordar por las ciencias sociales en el sur de México. Propongo que se aborde con un enfoque comparativo que permita examinar etnografías concretas pero superando el particularismo para llegar a explicaciones amplias. La migración funde a las fronteras de México. Por el sur se inicia el río humano que, proveniente de varias partes de América Latina, busca llegar a Norteamérica, la supuesta tierra del bienestar. En las décadas de los años 50 y 90, la atención de los investigadores se centraba en el centro y en el centro-occidente de México. Estados como Jalisco, Guanajuato, Michoacán o Zacatecas aportaban los mayores contingentes de emigrantes hacia Estados Unidos. En la actualidad, todo México se mueve hacia el norte buscando la tierra de la promisión. Es evidente que las disparidades en el desarrollo se han agudizado, lejos de resolverse. Pero ahora a los contingentes locales se

agregan los que, pasando por la frontera sur, vienen de prácticamente todos los rincones de Latinoamérica. Las marcas de la célebre "Mara Salvatrucha" están hasta en los autobuses que circulan en las carreteras del centro occidente o del centro del país. Estados sureños como Oaxaca están prácticamente volcados hacia Estados Unidos. Algunas ciudades del occidente del país, como Guadalajara, son territorio de paso de contingentes de trabajadores, sobre todo indígenas, que caminan hacia el norte. Todo ello conforma un problema no sólo para las ciencias sociales, sino para la sociedad mexicana. El abordaje comparativo de semejante complejidad es el camino para crear un conocimiento que nos permita incidir en el diseño de posibles alternativas. Un movimiento de población como el que estamos hablando provoca alteraciones y cambios en las sociedades de origen y en los territorios de paso. Las fronteras adquieren una dinámica particularmente compleja al tenor de estos flujos que, incluso, llegan a constituirse en factor definitorio de situaciones sociales.

Sin duda, las ciudades del sur mexi-

cano son complejidades sociales mal conocidas desde un punto de vista académico. Son mundos en sí mismas. Las ciudades sureñas son crisoles de identidades que surgen o se renuevan casi cotidianamente. Hay aquí una dinámica poco común. Las ciudades crecen o se estancan, adquieren mayor importancia o disminuyen su presencia regional según van cambiando los procesos que las articulan. Veo una gran desproporción entre los estudios dedicados a los pueblos indígenas y los que se preocupan por las ciudades del sur de México. En Chiapas se han publicado trabajos sobre el sistema de ciudades del estado. En otros estados del sur se ha discutido la dinámica de la urbanización, uniéndola a los procesos demográficos. Pero aquí me refiero a reflexiones acerca de las organizaciones sociales de las ciudades, a su territorialización, al surgimiento de identidades y su dinámica y a la formación de clases y grupos socioeconómicos. En este terreno, también es importante el enfoque comparativo y aplicar la ecología cultural como método de indagación. No me refiero a las discusiones acerca de la pla-

nificación urbana solamente, sino a los temas profundos de las ciencias sociales, a la creación de conocimiento que nos explique los universos urbanos del sur de México y cómo se viven. Es en las ciudades donde emergen los hechos que desembocan en la creación de una pluralidad social y cultural que hace cada vez más compleja la integración del sur mexicano. Por ejemplo, hace sólo quince años, San Cristóbal de Las Casas estaba lejos de ser una urbanización cosmopolita, como lo es ahora. El caso es interesante porque a raíz de un levantamiento armado que ocurre en el mundo rural, el recipiente de los cambios mayores fue la ciudad, en este caso San Cristóbal. Tenemos también el ejemplo de Chetumal, que tuvo años de un auge comercial que atraía flujos de población del propio sur del país y de Centroamérica. En un momento dado, Chetumal era más cosmopolita de lo que es hoy San Cristóbal. En la actualidad, la ciudad está en búsqueda de una nueva vocación que puede ser la de transformarse en un importante centro cultural, con la Universidad como el eje del desarrollo.

En este momento, las ciencias sociales no tendrían una respuesta clara acerca de si existe un verdadero sistema de ciudades en el sur o tenemos una situación de fragmentación o de disputa por los entornos regionales. Me refiero a un ámbito que tiene que ver con los estados sureños. Sólo un ejercicio comparativo minucioso podría responder esta interrogante. El tema es actual porque la urbanización del sur implica cambios drásticos en las sociedades locales, cambios que quieren decir, a su vez, surgimiento de novedades sociales en aspectos organizativos y culturales. Debo insistir en que no son sólo el enfoque socioeconómico o el demográfico los que están en juego, sino el de ecologías culturales integrales. La comparación debe llevarse al terreno del pasado, a la reflexión sobre cómo organizaron el espacio para la vida los pueblos originales. La variedad es enorme. Los cambios introducidos en la organización urbana en la Colonia significaron el colapso de estructuras ecológico-culturales completas y la reorganización de la cultura a partir de cambios profundos en las estrategias adaptativas. En este terreno,

la etnohistoria es de gran utilidad si se le concibe como la mirada antropológica al pasado. Escudriñar la memoria escrita en busca de los cambios y las dinámicas sociales que modelaron las primeras sociedades regionales que vendrían a configurar el amplio sur mexicano, es una tarea de la etnohistoria. No se puede efectuar sin archivos ordenados que son, por así decirlo, los interlocutores para hablar con el pasado, los recipientes de procesos que son susceptibles de reconstrucción y, a partir de allí, trazar el enlace con el presente. No es una tarea fácil. Se requiere percibir con claridad las líneas de continuidad y las de discontinuidad en las microhistorias regionales cuya convergencia forjó el amplio sur mexicano. El adjetivo calificativo es fundamental. Estamos hablando de la historia de México y de la contribución que hace el sur para conformarla. Hablamos de contextos y convergencias. En esos procesos se fueron vinculando sociedades y culturas con espacios concretos:

También es muy importante, y aquí los archivos son básicos de nuevo, analizar la formación de las elites que en el

amplio sur mexicano actuaron para configurar territorios políticos y determinar las fronteras de los estados. En otras palabras, propongo analizar las elites sureñas para reflexionar sobre la formación de los espacios políticos. Todos sabemos que existe una tradición clásica de análisis de las elites, que ha sido un tema de la sociología y de la antropología política. Esta tradición, es mi opinión, está vigente en las ciencias sociales actuales y su aplicación para entender la actualidad del sur mexicano no sólo es factible, sino necesaria. Las elites introducen cambios en las ecologías culturales hasta transformarlas en ecologías políticas. Los ámbitos del poder modelan regiones que se entrecruzan con la praxis colectiva que viene enlazando a la sociedad y la cultura. Se trata de una complejidad de complejidades. Pero ese es el movimiento que llevó al sur de México a la modernidad y a los tiempos actuales. Se trata de dilucidar los factores que llevaron a la formación de las elites y estudiar el comportamiento de éstas en el contrapunto del conjunto de la sociedad. O deberíamos decir sociedades, co-

mo las que se forjaron y se forjan en el sur mexicano. Cuando queremos mirar a una dilucidación como la que menciono, encontramos vacíos notables en las ciencias sociales del sur de México. No se trata de despojar a la sociedad de su historia colectiva, sino de averiguar cómo se introdujeron en ella las élites, configurando ámbitos de poder. El análisis de las élites es una alternativa para entender la formación de fronteras internas y, si es el caso, la fragmentación de la sociedad. El camino de las élites puede explicarnos los encuentros y desencuentros del sur con su propia integración y con ésta última en relación al país. El estudio de las élites por las élites mismas carece de sentido. La propuesta es establecer la dinámica de la modernización en el sur mexicano y la llegada a la actualidad, analizando el comportamiento del poder en relación al movimiento general de la sociedad. Estoy consciente de la carga analítica que el término elite conlleva. Ajustándolo al sur de México, hacemos referencia a oligarquías y cacicazgos, pero operando con medios analíticos, fuera del mito o de la fantasía. La complejidad de

la que he venido hablando es lo que permite aplicar el término elite en el sur de México no sólo en su acepción etnográfica, sino como un concepto teórico.

No me he referido expresamente a la cuestión religiosa porque está implicada en el concepto de cultura. Pero he de decir que es uno de los aspectos del sur mejor estudiados en la actualidad. Por supuesto, existe la reflexión sobre la cuestión religiosa en los diversos pueblos indígenas. Abundan las etnografías, incluyendo las que con justicia podemos llamar clásicas. Pero también ha avanzado la reflexión sobre la variedad religiosa en sí y en sus contextos urbanos. Se ha configurado una literatura analítica que ha logrado capturar la importancia de la religión en el sur de México. Por supuesto, la reflexión no tiene límites y nadie está diciendo que ya se agotó el trabajo. Más bien, lo que tenemos es un compromiso de no cortar una tradición analítica que es ejemplar.

El deporte como expresión de las propias estructuras sociales no ha recibido atención en México en general, y el sur no es la excepción. Tenemos una tradición intelectual en el país que no

ve en el deporte un hecho social. Un juego de beisbol o de futbol es la mimesis de la sociedad y eso debe interesar al científico social. Además, el deporte ha pasado a ser una de las empresas económicas más importantes de la vida contemporánea y los negocios alrededor del mismo configuran estructuras de poder. En el caso del futbol, y hablando de un mundo globalizado, la Federación Internacional de Futbol Asociación es una organización más amplia y con mayor poder que la propia Organización de Naciones Unidas. Además, el deporte integra identidades. Es un espléndido medio para analizar la dinámica de la identidad y de los nacionalismos. Inclusive, las formas de violencia alrededor del deporte son ya tema para las ciencias sociales, motivo de reflexión y, por supuesto, de preocupación. En otros países de América Latina, como Perú, Argentina o Brasil, los análisis del deporte han contribuido a entender mejor la formación de la sociedad y la dinámica de la cultura. En el sur de México nada podemos decir aún desde esta perspectiva.

A lo largo de esta conferencia he

venido abogando por un diálogo interdisciplinario en el amplio sur de México. Corresponde a las universidades y a los institutos de investigación superior convocar a ese diálogo, ampliarlo y sostenerlo. Hay muchas formas de llevarlo a cabo. Ahora que nos reúne el interés de preservar y enriquecer la memoria colectiva, la ocasión es propicia para insistir en la necesidad de abrir las disciplinas y relacionar sus resultados en aras de una comprensión más acabada de nuestras sociedades, de las dinámicas regionales y de las relaciones entre los universos micro y macro. La variedad está presente en el sur mexicano y no será posible entenderla, crear conocimiento acerca de ella, sin una verdadera convergencia de las disciplinas que componen a las ciencias sociales. Hay que sobreponernos a los lenguajes de la especialización para lograr la generalización analítica. Dije sobreponernos y no abandonarlos. El sentido de la especialización está en saber tejer la convergencia.

La reflexión tiene tradición en el amplio sur mexicano. Se ha expresado en diversas formas y en la literatura en

forma destacada. Pero está también en voces que vienen desde muy profundo en la historia de nuestras realidades. Eso es lo que está en los archivos. Los científicos sociales tenemos que aprender a escuchar esas voces y relacionarlas con nuestro presente y con nuestra propia reflexión. Se nos pide no ser sólo guardianes del tiempo, sino sabios en su comprensión. Dice el añejo proverbio

chino: "El hombre dice, el tiempo pasa. El tiempo dice, el hombre pasa". Pero el tiempo lo hacemos nosotros y es nuestro propio paso el que debemos discernir. Que esta reunión sea el anuncio y el principio de un nuevo tiempo en el sur de México, en el que la reflexión analítica nos conduzca a elaborar una vida mejor, más cercana a la cultura, más propicia para todos.

**Leído en Cancún, Quintana Roo, 12 de noviembre de 2003.*

*** Investigador de la Universidad de Guadalajara.*

